

CLÍNICA PSICOANALÍTICA
EN ADOLESCENTES

Sus vicisitudes

Colección Psicoanálisis
Editorial Biblioteca Nueva
y
Asociación Psicoanalítica de Madrid

Comité editorial:
Manuela Utrilla, Martina Burdet, Begoña Gállego,
Juan Hernández, María Herrero, Benigno Prado
y Javier Ugarte

Alicia Monserrat
Manuela Utrilla (Comps.)

CLÍNICA PSICOANALÍTICA
EN ADOLESCENTES
Sus vicisitudes

Asociación Psicoanalítica de Madrid
BIBLIOTECA NUEVA

siglo xxi editores, s. a. de c. v.

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

salto de página, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

editorial anthropos / nariño, s. l.

DIPUTACIÓ, 266,
08007, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

siglo xxi editores, s. a.

GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

biblioteca nueva, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

CLÍNICA psicoanalítica en adolescentes / Alicia Monserrat *et al.* - Madrid :
Biblioteca Nueva, 2013.

142 p. ; 21 cm - (Colección Psicoanálisis)

ISBN : 978-84-9940-288-8

1. Psicoanálisis 2. Psicología clínica I. Monserrat, Alicia

159.9 JM

159.97 MMJ

Cubierta: A. Imbert

© Los autores, 2013

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2013

Almagro, 38

28010 Madrid

www.bibliotecanueva.es

editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-288-8

Depósito Legal: M-5.636-2013

Impreso en Lável Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

PRÓLOGO, Alicia Monserrat	9
EL CUERPO ADOLESCENTE, María Hernández	15
EL PENSAMIENTO ADOLESCENTE, Sabin Aduriz	37
REPRESENTACIÓN, ADOLESCENCIA Y PSICOSOMÁTICA, Manuel de Miguel	73
GENERACIÓN @RROBA: LOS ADOLESCENTES Y LAS NUEVAS FORMAS DE COMUNICACIÓN, Magdalena Calvo Sán- chez-Sierra	107

Prólogo

Esta obra invita y propone un trabajo de pensamiento desde los fundamentos psicoanalíticos, es, además, una reflexión amplia pero precisa en la que anclar nuestra experiencia clínica con los adolescentes. Creemos que este libro es una oportunidad para reunir a una serie de autores que pertenecen a la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), y que reflexionan en torno a algunos conceptos del psicoanálisis a partir de los cuales se aborda la práctica con adolescentes.

El estilo de este texto tiene un perfil conceptual relacionado con una dialéctica permanente entre la práctica y la teoría. Desde el punto de vista de la clínica, estos artículos reflejan la situación analítica, que emerge con la singularidad de cada paciente. Por otro lado, los conceptos cada vez más pensados y elaborados permiten su verificación clínica. Esta dialéctica es una motivación constante para transitar con diversidad entre los diversos obstáculos a los que nos enfrenta la clínica psicoanalítica con adolescentes, donde todos los autores coinciden en la capacidad transformadora de estos y en los riesgos propios de esta etapa.

Cuando se recorren estas páginas, el lector podrá encontrar en esta dialéctica sendas para reflexionar sobre la pro-

pia experiencia, además de hallar a analistas de adolescentes trabajando e intentando dar comprensión a la complejidad y dificultades de los procesos inconscientes de la psiquis del adolescente.

El punto de partida de esta reflexión que nos aporta María Hernández nos enfrenta al cuerpo en la adolescencia, sin duda con un papel atribuido por la teoría psicoanalítica como objeto en la constitución de la vida psíquica, que acentúa la inclusión de la representación o imagen corporal, y al mismo tiempo la interiorización del cuerpo como objeto erótico. Se trata de una encrucijada que deberá desplegar en una representación íntimamente ligada desde los orígenes al proceso de constitución del Yo, donde la consistencia o fragilidad de este se pone a prueba, al tener a su cargo la laboriosa tarea de reorganización psíquica, que incluye la integración de la nueva sexualidad. Frente a este desafío de lo corporal en la adolescencia la autora nos conduce a examinar una serie de cuestiones del cuerpo y del vínculo con la sexualidad en la adolescencia; la crisis narcisista, su lucha con el cuerpo y la relación con lo pulsional, vivencias que generan diversidad de conflictos pero que representan aquello que late tumultuosamente en el adolescente, vital, a lo que la autora permite anudar con riqueza, transparencia y creatividad, los sufrientes síntomas de los adolescentes en la cura analítica.

En el siguiente capítulo, Sabin Aduriz presenta la cuestión del pensamiento, donde el adolescente se juega su destino, como sujeto capaz de atesorar opiniones propias, sin verse obligado a pensar en función de los demás. En esto radica la importancia de si el adolescente siente, si tiene o no tiene elección al verse arrastrado por mociones pulsionales que lo colocan en una situación pasiva, sin remedio, para apropiarse de un pensamiento singular. Como sujeto

habrá de llevar a cabo la operación simbólica de «decir no» a las significaciones parentales y, en particular, a los significados impuestos por el padre. Esto abre unas perspectivas en el trabajo con adolescentes que se podrá articular con la controvertidas actuaciones o la llamada rebeldía, el problema en torno al pensamiento sea cual fuere, no radica en caracterizarlo, sino en desvelar lo que representa, el autor afirmará que nunca como en la adolescencia está en primer plano la cuestión de pensar lo pulsional. Y la propuesta para el analista es discurrir por un sendero sinuoso y accidentado junto al paciente adolescente, en ese vínculo transferencial-contratransferencial, tratando de transformar la demanda pulsional en demanda de análisis. Considera imprescindible tomar en consideración el proceso de organización-reorganización psíquica. Por esos caminos, los analistas tendremos que abordar las vicisitudes históricas del sujeto, sus relaciones de objetos significativas y las identificaciones que han decantado sus objetos internos; junto a la elaboración del complejo nuclear edipo-castración, clave esencial para una verdadera realización de un proceso analítico con adolescentes.

Manuel de Miguel se interna en el complejo tema de la patología adolescente en relación con las enfermedades somáticas y nos dice que siempre supimos desde Freud que la enfermedad somática conduce a una regresión en dos sentidos. Primero una regresión temporal, consistente en que nos infantilizamos y esperamos ser cuidados por los demás como cuando éramos niños. Y la regresión narcisista, esto es, retiramos la investidura del mundo externo, para interesarnos solo por nosotros mismos. Nos advierte el autor que considerábamos que tanto una como otra forma de regresión eran solo una consecuencia de la enfermedad. Esto le hará afirmar que

ahora sabemos que algunas constelaciones narcisistas y regresivas también pueden ser la causa del enfermar somático. Otra cuestión abordada es si el solo deseo tanto consciente como inconsciente, puede conducir a la enfermedad. La respuesta siempre fue que no. Con las aportaciones de autores como M. de M'Uzan recordemos su expresión, relacionada con que el cuerpo no puede ser tan listo. En este momento encontramos hallazgos clínicos y vericuetos en la representación que nos llevan a no estar tan seguros y esto le permite indagar al autor de este capítulo cómo en el sufrimiento adolescente se ponen en juego, hasta el extremo, todas las condiciones que propician las descompensaciones somáticas. Afortunadamente, en los adolescentes, la pulsión de vida suele ser lo suficientemente vigorosa para soportarlo.

Y, por último, las reflexiones que nos aporta Magdalena Calvo nos ayudan a pensar en cómo puede articularse e influir la revolución tecnológica en las emociones de los adolescentes. Otro de los interrogantes que la autora propone es si estos medios actuales de expresión son un camino para depositar aspectos negados de sí mismo y desplegados en los videojuegos, no interiorizados pero sí evacuados en los escenarios virtuales. Y en el texto nos seguirá interrogando en este campo que inunda la cultura en la actualidad, investigando sobre si este tipo de comunicación es un vehículo favorable para albergar ciertas patologías donde impera la desconexión, el exceso de dolor sin proceso elaborativo, y los vaciamientos psíquicos, sin nadie que sostenga y calme. Insistiendo la autora en que los medios digitales no son cuestionados en estas reflexiones, sino que son los usos que se hacen del objeto, como defensa y proyección, y la transmisión de valores y pautas de vinculación los que deben ser objeto de análisis en nuestra investigación psicoanalítica.

Finalmente, queremos transmitir al lector que este libro es un acompañante-guía que nos permita explorar lo que el psicoanálisis con adolescentes enriquece al psicoanálisis, y el modo en que contribuye a la formación de analistas. También que los analistas interesados en los adolescentes puedan hacer su recorrido, su propia construcción sobre estos temas que creemos que hoy son ineludibles.

ALICIA MONSERRAT

Miembro titular de la Asociación
Psicoanalítica de Madrid (APM)

El cuerpo adolescente

MARÍA HERNÁNDEZ*

La problemática del cuerpo está siempre en primer plano en el trabajo con adolescentes: trastornos de alimentación, toxicomanías, intentos de suicidio, accidentes fortuitos, cortes y daños deliberados. Un gran número de inhibiciones, fobias e inseguridades, ligadas a complejos o defectos corporales, a los que subyace un intenso sufrimiento narcisista, son también habituales en la clínica adolescente.

Disminuyen actualmente en el escenario analítico las sintomatologías de carácter simbólico, vinculadas al complejo de castración y a la triangularidad edípica, y aumentan los trastornos, carencias o fallos en el proceso de constitución psíquica. Prevalece la angustia de aniquilación, el déficit narcisista y la dificultad de acceso a la experiencia del sí mismo. Estas perturbaciones, cuyo origen es anterior al acceso al lenguaje, no son verbalizables y el cuerpo se erige en el vehículo principal de comunicación.

* María Hernández, miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM).

La llegada de la pubertad constituye un momento clave en el desarrollo libidinal debido al peso de la realidad del cuerpo genital. La aparición de los caracteres sexuales secundarios, las primeras reglas y eyaculaciones, junto a vivencias y sentimientos desconocidos, adquieren un carácter misterioso. El púber experimenta estos cambios como extraños, violentos e intrusivos, al sentir que no obedecen a ninguna causalidad y que ya no le sirven las formas habituales de dominio. El silencio, la denegación o los comentarios, a veces ambiguos o inadecuados, de los adultos aumentan su angustia y prefiere vivirlos en secreto o en complicidad, más o menos culpabilizante, con sus iguales.

La relación del adolescente con su cuerpo y la capacidad de integrar la nueva sexualidad en la imagen corporal, para acceder una identidad sexual definitiva, está vinculada al largo proceso de construcción de esta imagen interna, en relación íntima con el objeto primario. También la resolución de la conflictiva edípica mediante la identificación con cada una de las figuras parentales y la introyección de la pareja de los padres, en unión fecunda, inciden en la calidad de la imagen corporal. Entran en juego las identificaciones primarias y secundarias, la constitución del Yo, la transformación del Yo ideal en ideal del Yo y la modulación del Superyó, primero en la coyuntura edípica y, posteriormente, en la adolescencia. El equilibrio entre las investiduras del Yo y del objeto, entre el polo narcisista y el polo objetal, será también imprescindible para el acceso a la alteridad, base de la sexualidad adulta.

El punto de partida en esta reflexión es el papel atribuido por la teoría psicoanalítica al objeto en la constitución de la vida mental, que incluye la representación o imagen corporal (Anzieu 1987), y la interiorización del cuerpo como objeto

erótico (Laufer, 2005)¹. Se trata de una representación íntimamente ligada desde los orígenes al proceso de constitución del Yo. La consistencia o fragilidad del Yo se pone a prueba en la adolescencia, al tener a su cargo la ingente tarea de reorganización psíquica, que incluye la integración de la nueva sexualidad.

Esta imagen corporal, intra-psíquica e inconsciente, hunde sus raíces en el encuentro primero, cuerpo a cuerpo, entre madre-hijo, cuando ambos constituyen una unidad indiferenciada. Es el momento de la seducción recíproca, que D. Winnicott (1956) vincula a la «locura breve» compartida madre-bebé, y J. Kristeva (1999) a la coexcitación primaria madre-hijo.

El placer de la madre al otorgar los cuidados físicos y el predominio de las experiencias de placer sobre las de displacer en el intercambio madre-hijo facilita la investidura de las huellas dejadas por esta experiencia y abre la vía al deseo. Paulatina y paulatina, el lactante va experimentando placer en su cuerpo todavía indiferenciado del cuerpo materno. Si este autoerotismo es de calidad y no puro placer de órgano, al investirse la zona erógena que produjo placer y los signos del objeto que otorgó este placer, se facilita su representación, no aún como *objeto*, sino como proto-objeto. La actividad autoerótica constituye así la primera manifestación creativa del bebé, la primera conquista de su autonomía, el paso de lo real a lo imaginario; el lactante se ha replegado sobre sí y ha interpretado *après-coup* las experiencias reales de placer. El aumento de las experiencias de placer aumenta el potencial de huellas mnémicas, por tanto el

¹ Egle Laufer propone pensar que la *imagen corporal* interna estaría más ligada al encuentro sensorial madre-hijo y *el cuerpo como objeto erótico* a la interiorización del vínculo afectivo entre ambos.

caudal de investidura, y se hace más rico el mundo de los autoerotismos del niño, que constituyen uno de los pilares sobre los que se asienta la imagen corporal interna.

Paralelamente, en el seno de estos intercambios surge la primera y enigmática identificación que deja ya esbozo del Yo. Es la función libidinal de la madre la que facilita que el cuerpo del hijo, fuertemente investido, comience a constituirse primero como un Yo corporal. Y la «nueva acción psíquica» (Freud, 1915) que es necesario añadir al autoerotismo para que el narcisismo se constituya, también corresponde a la madre, y permite la representación del Yo como objeto dentro del psiquismo, unificado e investido libidinalmente, al tiempo que el objeto empieza a percibirse también como unificado y total. En ausencia de la investidura narcisista, la vivencia corporal sigue siendo fragmentada.

Resulta paradójico que el cuerpo, soporte imprescindible para la constitución del Yo, sea a su vez el primer objeto investido por el Yo. El placer experimentado en el propio cuerpo, al ir descubriendo su capacidad de moverlo, mirarlo, acariciarlo, mostrarlo u ocultarlo, constituye el cuerpo-placer, el primer bien propio, la primera posesión investida por el Yo.

Por tanto, desde los comienzos de la vida, la actividad corporal y la actividad psíquica se ponen en marcha conjuntamente. La respuesta que da la madre a los mensajes del cuerpo, a los signos de placer que se le ofrecen y a los signos de sufrimiento que se le imponen, y el ir «*poniendo en memoria*» (Aulagnier, 1988) todo lo que pasa entre su cuerpo y el cuerpo del bebé, va dando categoría psíquica de emociones a los signos corporales y sensoriales, y va permitiendo su representación sucesiva, en lo pictográfico, lo fantasmático y lo idéico.

A medida que las capacidades autoeróticas van emergiendo, se van abriendo vías de ligadura y de intrincación de lo

pulsional, con efectos altamente contenedores y paraexcitantes. Y también, a medida que el Yo se va desarrollando y la sexualidad entra en la red de significaciones, opera la represión primaria, con ayuda de la contrainvestidura materna, para descondensar esta amalgama de placeres, para ayudar al niño a ir separando su cuerpo del cuerpo del objeto, y para que la actividad representativa y simbólica evite que el niño se quede a merced del ejercicio pulsional directo.

En la mirada que el Yo dirige a su propio cuerpo busca señales que le aseguren qué lugar ocupa este cuerpo para el otro, y de cómo interprete esta mirada podrá en el futuro emitir un juicio sobre el poder de seducción de su cuerpo. Se abre así una doble vía de investidura del cuerpo por parte del Yo, la del placer en la experiencia del cuerpo a cuerpo con el objeto primario, y la del discurso que el objeto mantiene sobre el cuerpo del hijo. De ambas va a depender la relación del Yo con este objeto-cuerpo, al que sucesivamente ama u odia según le ofrezca placer o le imponga sufrimiento, y al que desea embellecer o rechazar porque es feo (Aulagnier, 1988).

Pero, cuando el cuerpo del bebé no ha sido suficientemente nutrido en los intercambios con el objeto, se dificultan los procesos de simbolización que permiten enfrentar la separación y el duelo, se obstaculizan también los movimientos identificatorios y la elaboración edípica queda pendiente.

Una vez expuestos algunos ejes del desarrollo infantil que tienen que ver con el cuerpo, es necesario pensar qué destinos puede seguir la relación interna con el cuerpo en la adolescencia y cómo impedir que estos destinos sean limitadores y alienantes.

Con la llegada de la pubertad, las demandas pulsionales de la nueva sexualidad genital buscan ansiosamente nuevos objetos de investidura en los que realizar su meta. La atracción en-

tre ambos sexos presiona para desplazar el placer vivido con el objeto imaginario, a un objeto exterior como en los orígenes. La re-electura del Edipo desde la experiencia púber genitaliza *après-coup* los vínculos parentales y la apetencia objetal se experimenta como una imposición violenta. El cuerpo, hasta ahora portador pasivo de necesidades y deseos, se convierte en una fuerza activa con fantasías sexuales y agresivas, que buscan proyectarse masivamente en los objetos de la realidad exterior. Esta violencia puberal procede no solo de la fuerza pulsional somática sino también del legado de la historia sexual infantil.

Los puntos de referencia anteriores y las construcciones simbólicas de la latencia se pierden y la transformación de las identificaciones precipita intensos movimientos de desligazón que generan un funcionamiento mental desbordado, dando lugar a un exceso de tensión, de excitación, de energía libre, que una vez se deposita en el cuerpo (somatizaciones abundantes), o se descarga mediante el movimiento y la acción compulsiva.

El adolescente, colocado al borde de lo impensable e irrepresentable, revive como en los orígenes el trauma pulsional del desamparo. Se reactiva el mecanismo de la repetición y se pone a prueba la consistencia del Yo, a través de su capacidad de contención, de paraexcitación, de ligadura e intrincación de lo pulsional, como resultado de la interiorización e identificación con las funciones del objeto primario en los primeros tiempos de la constitución del psiquismo. Será la re-apertura de los procesos de representación y de simbolización, después del caos puberal, la que permitirá a lo largo del proceso de sedimentación y elaboración adolescente, darle a lo económico un sentido para que vaya adquiriendo un carácter simbólico, y para que lo traumático pueda ser transformado en un drama, con un guión y una narrativa propia.

En esta larga travesía, presidida por una constante dialéctica entre la permanencia y el cambio, lo antiguo y lo nuevo, el pasado y lo actual, deshacer y re-hacer vínculos, está siempre presente el cuerpo y la relación del adolescente con él nos va dando indicios acerca de si estamos ante la crisis normal de adolescencia o ante el riesgo de que se desencadene una patología severa.

A pesar de que los caracteres sexuales secundarios han venido anunciando paulatinamente cambios en el cuerpo, el adolescente experimenta lo genital como una fuerza interior y, a la vez, ajena y extraña, como algo enigmático que presiona y violenta. Esta vivencia de extrañeza, unida al sentimiento de pérdida del cuerpo infantil, suscita frecuentes sentimientos de despersonalización. Es el momento del *¿quién soy yo?* ante el espejo, origen de las tan conocidas inquietudes hipocondríacas.

En algunos adolescentes estas manifestaciones son más preocupantes. Una adolescente de quince años de mirada penetrante, inteligente y guapa, expresa con angustia una queja reiterada en relación con su cuerpo: *«Yo antes no tenía la cara así, era más guapa ¿Qué me está pasando? Me está cambiando hasta la piel; tampoco mi tripa tiene el mismo color de antes...»* El desencadenante de estas vivencias persecutorias y obsesivas aparecen asociadas a la presencia de un compañero de su clase *deforme físicamente y con rasgos extraños*, que le sirve como pantalla de proyección de sus propias sensaciones internas de deformidad y rareza.

El adolescente, frente a los síntomas que se le imponen y a un cuerpo que se transforma con independencia de su voluntad y que no ha elegido tener, reivindica el derecho a disponer libremente de él. Constituye una necesidad crucial hacerle sentir a los padres, especialmente a la madre, que su nuevo

cuerpo ya no es de su propiedad, que le pertenece a él. «*Mi cuerpo es mío y hago con él lo que quiero*» —les escuchamos repetir con frecuencia.

Las adolescentes que no han podido elaborar el duelo por la separación con la madre parecen funcionar como «*un cuerpo para dos*» (Mc. Dougall, 1987), en un vínculo querellante y contradictorio, que reivindica autonomía y al mismo tiempo reclama atención y genera dependencia. Una adolescente de dieciséis años hace responsable a su madre de su constitución física y de tener que utilizar tallas más grandes que las que corresponden a su edad. La presiona para que consulte por ella a los endocrinos y cuando la madre intenta contenerla con la comida, no lo puede soportar, se levanta de la mesa y se va. Expresa que cuando su madre la mira experimenta la sensación de que *toma posesión de su cuerpo y de su mente*, como si todavía fuera una «*niñita*» y no la hija independiente y autónoma que ella desea ser. Se esfuerza en demostrarle a su madre que ha perdido ya el dominio sobre ella, pero al mismo tiempo reconoce que «*se pone en sus manos*» —son sus propias palabras.

Se puede llegar aún más lejos, se puede reivindicar el derecho a destruir el cuerpo, al suicidio, a la anorexia. «*Cuando me ponen peso, me quitan algo y no soy yo misma; si me ingresan y me hacen engordar. . . , cuando salga adelgazaré porque yo quiero ser así, aunque me pueda morir; tengo derecho a ser así, aunque me califiquen de anoréxica*» —reivindica una adolescente que ha pasado ya por varios ingresos. Agrede su cuerpo en lo real como una forma de dominio ante la emergencia pulsional incontrolable e imposible de elaborar mentalmente.

Constamos también cómo la moda, la vestimenta, los tatuajes o los *piercings*, tan presentes en el mundo adolescente, responden a este intento de apropiación del nuevo cuerpo, a

una ruptura con todo lo anterior o a una manera de simbolizar los cambios. La elaboración que ha de realizar el adolescente del nuevo estatuto de su cuerpo es inseparable de su nueva percepción de la realidad y del mundo.

Ph. Gutton (1991) señala el paralelismo entre el trabajo de re-descubrimiento y de re-apropiación de su cuerpo por parte del adolescente ante la pérdida de la referencia corporal anterior y la emergencia del cuerpo genital, y la exploración que realiza el lactante con su cuerpo erógeno a través de las experiencias sensoriales y de los intercambios con el cuerpo materno. Tiene lugar un exceso de goce *errando* en el cuerpo, y el Yo del adolescente ha de *atarearse* para tomar posesión de él, mediante su sobreinvertidura y el trabajo de representación de los caracteres sexuales secundarios, de las zonas erógenas, y especialmente de los genitales.

Si en los comienzos de la constitución psíquica, el cuerpo infantil constituyó la base del nacimiento del Yo y pasó después a ser objeto de su investidura, el cuerpo genital soporte también del Yo, necesita de nuevo ser re-investido por el adolescente. La matriz narcisista de cada uno la constituye la relación narcisista de los padres con el cuerpo del hijo, y en el significado fálico narcisista que adquiere el cuerpo en la adolescencia va a ser relevante la mirada de reconocimiento o de rechazo de los iguales. Un adolescente asocia y justifica su violencia interna, como reacción a los insultos y comentarios peyorativos hacia su cuerpo, que sufrió durante sus años de pubertad por parte de sus compañeros de clase.

El proceso de cada adolescente, por tanto, va a estar condicionado por el equipamiento anterior, es decir, por la historia de la sexualidad infantil, por la organización psíquica relativa a las instancias —Yo-Superyó-ideal del Yo—, y por sus propias teorías fálicas acerca del objeto y del sí mismo. Ahora, se añade lo

genital, vivido como ajeno, extraño, y sentido como una verdadera amenaza. Si la sexualidad infantil estuvo marcada primero por el vínculo dual y exclusivo con el objeto y primario y, más tarde, al acceder a la triangularidad, por el Edipo, núcleo organizador del psiquismo, la vivencia de la complementariedad de los sexos en la pubertad constituye un nuevo organizador que adquiere un enorme peso en la trayectoria hacia la identidad sexual definitiva. Este planteamiento confirma la hipótesis de que el segundo tiempo de la sexualidad no es una simple repetición ni una mera continuidad, opera algo radicalmente nuevo, sentido como una coacción en el cuerpo, que hace intrusión en la identidad del todavía niño.

El par sexual fálico/castrado sustentado por el narcisismo fálico ante la percepción de la diferencia anatómica de los sexos, que presidió durante la infancia la organización genital, es sustituido por el par masculino/femenino que rige la vivencia de la complementariedad sexual. Este nuevo organizador exige una nueva elección de objeto, cuestiona los presupuestos de la bisexualidad infantil, presiona para renunciar a la fantasía de tenerlo todo y obliga a definirse. Si la primera elección de objeto sexual es consecuencia de la elaboración edípica, *«en la pubertad, dice Freud (1905), se consuma la elección definitiva de objeto, preparada desde la más tierna infancia»*.

Lo genital, que había ya sido descubierto en el funcionamiento autoerótico de la sexualidad infantil, adquiere en la pubertad una nueva significación que incluye el orgasmo como nueva categoría de placer y la potencialidad de fecundación, que permite la inscripción en el orden generacional. Opera un importante aporte libidinal desde el otro sexo, porque el propio sexo es descubierto por el atractivo que produce en el sexo complementario. El cuerpo viene a ocupar así, el

vacío dejado por la pérdida de la seducción del adulto durante la infancia, ahora es el propio cuerpo el que seduce. El púber se siente seducido, *autoseducido*, por su propia pubertad.

Sin embargo, en este momento inédito, no basta con experimentar, es necesario representar. El cuerpo le hace al adolescente una importante demanda de representación, no solamente de sus órganos sexuales aislados y de los del otro sexo, sino también de la unión entre ellos. La figuración que se hace el adolescente del encuentro entre los dos sexos sigue el modelo del acoplamiento de la unidad narcisista originaria, zona erógena-objeto parcial complementario. El objeto complementario actual, cualquiera que sea su sexo, representa al objeto materno arcaico y reactiva la experiencia en la que el cuerpo materno y el cuerpo erógeno del lactante constituían una unidad indisociable.

La pubertad solicita la fantasía inconsciente, que junto a las ensoñaciones diurnas tan características de los adolescentes, adquiere una función capital no solamente en el proceso de integración de la nueva sexualidad sino también en sus efectos paraexcitantes. Pero, para que el deseo inconsciente pueda ser pensado, es necesario que el preconscious le preste la palabra. Desarrollar el preconscious para favorecer la figuración y representación del deseo constituye uno de los objetivos prioritarios en la fase previa del análisis con adolescentes.

Los recuerdos de infancia, señala Freud (1909) sufren un proceso de reorganización complicada, *el adolescente intenta borrar a través de fantasmas relativos a la primera juventud el recuerdo de su actividad autoerótica y lo consigue elevando a la categoría de amor objetal, las huellas dejadas por el autoerotismo*. Es decir, los deseos infantiles se expanden en nuevos fantasmas, que se insertan en las teorías sexuales infantiles abandonadas en el curso de la infancia (Freud, 1920, nota

añadida a «Tres ensayos»), o se construyen ahora, son los «fantasmas puberales» o «escenas puberales» (Gutton, 1991). *Toda la sensualidad* —dice Freud— *del que es devenido adolescente se encuentra fijada a los fantasmas incestuosos infantiles»*

El contenido de estos fantasmas se enriquece con la reactivación del Edipo, Edipo puberal, y por el conocimiento bastante completo que tiene ya el adolescente de la relación sexual entre los adultos. *La escena puberal* que construye el adolescente invierte la escena primaria, y él mismo, con su cuerpo erógeno, se atribuye el papel principal de la escena junto al padre incestuoso; el padre del mismo sexo queda excluido, contemplando la escena.

También la masturbación juega un papel relevante, de éxito o de fracaso, en la integración de lo genital en la nueva imagen corporal, y facilita la renuncia progresiva al cuerpo infantil idealizado. Sin embargo, los adolescentes vulnerables, cuya seguridad narcisista dependa en exceso de la imagen corporal idealizada, basada en la unión fusional con la madre, necesitan seguir manteniendo las fantasías de satisfacción preedípica, de carácter pasivo, y no consiguen experimentar la actividad, el empuje necesario para integrar lo sexual genital.

Hacerle un sitio a la sexualidad adulta es un proceso que no es lineal, hay avances y retrocesos. La mayoría de los adolescentes van progresivamente renunciando al cuerpo infantil, integrando los cambios, abriéndose al deseo y buscando la satisfacción sexual con un objeto prohibido, no incestuoso. Constituye un hecho normal en la adolescencia que, junto a la genitalización de los vínculos edípicos y las nueva investiduras, se intensifique la conflictiva anterior preedípica, con los deseos pregenitales y los mecanismos defensivos propios. Un sueño de una adolescente, que forma parte de una secuencia de sueños que ilustran el trabajo psíquico de adolescencia res-

pecto a la elaboración de la sexualidad infantil, muestra este funcionamiento regresivo, al re-abrirse la herida narcisista de la separación, cuando parecía avanzar hacia la genitalidad,

Voy a hacer un viaje con mi madre, pero yo voy muy enfadada porque vienen también mi padrastro y mis dos hermanastros. Al llegar al aeropuerto, me doy cuenta de que me he dejado algo en casa y tenemos que volver para atrás mi madre y yo. Llegamos a una casa que no es la nuestra y vemos a unos caballos que están comiendo tranquilamente en sus pesebres. Entonces, le digo a mi madre, ¡ves, así hay que darle de comer a los caballos!... Luego, antes de subir al avión me echan una gran bronca porque me he comprado demasiadas chucherías. Finalmente, tenemos que pasar una aduana, que es muy cutre; mis dos hermanastros llevan dos bultos cada uno pero parece que no les pesan mucho, y yo, en cambio, que llevo solo una maleta grande, casi no puedo con ella.

En un sueño anterior, esta adolescente se ve buceando en el fondo del mar y unos buceadores, los hermanos-intrusos, le enturbian el agua y le impiden coger una piedra preciosa que está medio oculta entre la arena del fondo (piedra preciosa, asociada a la relación narcisista, exclusiva y única, con la madre).

La «vuelta atrás», está asociada también a la regresión hacia la oralidad. «*No ves, así hay que darle de comer a los caballos*» —reclamo que le hace a la madre de la satisfacción pulsional oral—. El Superyó, proyectado, le reprocha su voracidad. La aduana cutre, los *bultos* de los hermanos y *maleta pesada*, aparecen ligados a la analidad y a la percepción de la diferencia anatómica de los sexos.